

Carta astral de María Lionza



FRANCISCO HERNÁNDEZ

I

El cuerpo de María Lionza se contorsiona al humedecerse.

Cuando decide aparecer nocturno quema su camisa de fuerza, acerca sus muslos y llega hasta las palmas de mis manos deslizándose por hilos de humo donde reside su música ceremonial.

Es amarillo el cuerpo de María Lionza. Un sol no visto por Nicolás Copérnico lustra su piel de túnica budista.

Sus labios vagabundos hacen que un *minuto de arco* se oculte entre las cúpulas de sus senos y en su cabello negro la astronómica se pone a florecer.

Cuando sueña, le duele todo el cuerpo.

Cuando despierta, le duele no recordar todo lo soñado.

II

La boca de María Lionza gira alrededor de su cuerpo.

Al ofrecerlo sin brindarla, lo que me niega es la puerta de entrada a los observatorios de su quietud.

Vientre o sepulcro, pozo sin brocal o cueva de donde fui expulsado para morir, ahí residen el amor y su gravedad.

Por sus labios ajenos cruzan reflejos de cristal y la Vía Láctea, estrellas binarias y mi camisa de fuerza transformada en objeto celeste.

A ese agujero negro llegan también los dedos de Dios, iluminados por los anillos de Saturno.